

dose agravado la fiebre, murió en él. Michú no había aparecido en la escena política hasta después de estos acontecimientos, pues el marqués y la marquesa permanecieron en la cárcel cerca de cinco meses. Durante este tiempo, el representante del Aube recibió una misión. Pero cuando el señor Marión vendió Gondreville á Maligno, cuando todo el país había olvidado los efectos de la efervescencia popular, fué cuando Michú comprendió á Maligno, ó por lo menos creyó comprenderlo; pues Maligno es, como Fouché, uno de esos personajes tan profundos en cada una de sus fases, que son impenetrables en el momento en que representan, y no pueden ser explicados hasta algún tiempo después.

En las circunstancias más difíciles de su vida, Maligno no dejaba de consultar nunca á su fiel amigo Grevin, el notario de Arcis, cuyo juicio sobre las cosas y sobre los hombres era exacto, claro y preciso. Este hábito constituye la sabiduría y la fuerza de los hombres secundarios. Ahora bien; en noviembre de 1803, la situación era tan grave para el consejero de Estado, que una carta hubiese comprometido á los dos amigos. Maligno, que debía ser nombrado senador, temió explicarse en París; dejó su palacio y se fué á Gondreville, dando cuenta al Primer Cónsul de una sola de las razones que le hacían desear el estar allí, y que demostraban á Napoleón su celo, cuando en realidad obraba así por intereses propios y no por los del Estado. Mientras que Michú acechaba en el parque, á la manera de los salvajes, un momento propicio para su venganza, el político Maligno, acostumbrado á asegurarse de los acontecimientos por su cuenta, llevaba á su amigo á una pequeña pradera del jardín inglés, lugar desierto y favorable para una conferencia misteriosa. De este modo, manteniéndose en medio y hablando en voz baja, los dos amigos estaban á distancia demasiado grande para ser oídos, si alguno se ocultaba para escucharles, y podían cambiar de conversación, si por casualidad llegaban indiscretos.

—¿Por qué no nos hemos quedado en un cuarto del palacio? dijo Grevin.

—¿No has visto los dos hombres que me envía el prefecto de policía?

Aunque Fouché haya sido, en el asunto de la conspiración de Pichegrú, Georges, Moreau y Polignac, el alma del gabinete consular, no dirigía el ministerio de policía, y á la sazón era sencillo consejero de Estado, como Maligno.

—Estos dos hombres son los dos brazos de Fouché. El uno, aquel joven petimetre cuyo rostro se parece á una garrapa de limonada, que tiene vinagre en los labios y agraz en los ojos, puso fin, en el espacio de quince días, á la insurrección del Oeste en el año VII. El otro es un hijo de Lenoir, y el único que conserva las grandes tradiciones de la policía. Había pedido un agente cualquiera, acompañado de un personaje oficial, y me envían esos dos compadres. ¡Ah, Grevin! Fouché pretende sin duda descubrir mi juego. Ahí tienes por qué dejé á esos señores comiendo en el palacio; que lo examinen todo, que no encontrarán ni á Luis XVIII, ni el menor indicio.

—Pero ¿qué juego te traes tú? dijo Grevin.

—Amigo mío, un juego doble es siempre peligroso; pero, por lo que atañe á Fouché, es triple, y él ha olfateado sin duda que yo estoy en los secretos de la casa de Borbón.

—¡Tú!

—Yo, respondió Maligno.

—¿Te olvidas ya de Favrás?

Esta palabra impresionó al consejero de Estado.

—¿Y desde cuándo? preguntó Grevin después de una pausa.

—Desde el Consulado perpetuo.

—¿Pero hay pruebas?

—¡Ni esto! dijo Maligno haciendo sonar la uña de su dedo pulgar contra uno de sus gruesos incisivos.

En pocas palabras Maligno pintó la posición crítica en que Bonaparte ponía á Inglaterra, amenazada de muerte por el campo de Bolonia, explicando también la importancia desconocida para Francia y para Europa, pero que Pitt sospechaba, de este proyecto. Después le dió cuenta de la situación crítica en que Inglaterra iba á poner á Bonaparte.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FALCÓN REYES"
Año 1906 de una

Una coalición imponente, Prusia, Austria y Rusia, unidas por el oro inglés, debía armar setecientos mil hombres. Al mismo tiempo, una conspiración formidable tendía en el interior sus redes y reunía á los montañeses, á los chuanes, á los realistas y á sus príncipes.

—Mientras que Luis XVIII vió tres cónsules, creyó que la anarquía continuaba y que, á favor de un movimiento cualquiera, tomaría la revancha del 13 de vendimiario y del 18 de fructidor, dijo Maligno; pero el Consulado perpetuo ha puesto de manifiesto los designios de Bonaparte, que será bien pronto emperador. Este antiguo teniente quiere crear una dinastía; pero ahora tratan de matarlo, y el golpe está preparado aún con más habilidad que el de la calle de Saint-Nicaise. Pichegrú, Georges, Moreau, el duque de Enghien, Polignac y Riviere, los dos amigos del conde de Artois, están en el agio.

—¡Qué amalgama! exclamó Grevín.

—Francia entera está invadida sordamente; se quiere dar un asalto general, empleando para ello todos los elementos. Cien hombres de acción, mandados por Georges, tienen que atacar la guardia consular y al Cónsul, cuerpo á cuerpo.

—Pues bien, denúncialos.

—Hace ya dos meses que el Cónsul, el ministro de policía, el prefecto y Fouché, tienen una parte de los hilos de esta inmensa trama; pero no conocen toda su extensión, y en el momento actual dejan libres á casi todos los conjurados, para saberlo todo.

—Respecto al derecho, dijo el notario, tienen más derecho los Borbones á concebir, dirigir y llevar á cabo una empresa contra Bonaparte, que el que éste tenía para conspirar el 18 de brumario contra la República, de la que era hijo; Bonaparte asesinaba á su madre, y aquéllos quieren entrar en su casa. Concibo que al ver cerrar la lista de los emigrados, multiplicar los indultos, restablecer el culto católico y acumular los decretos contrarrevolucionarios, los príncipes hayan comprendido que su vuelta se hacía difícil, por no decir imposible. Bonaparte es el único obstáculo para ello, y quieren quitar el obstáculo. Nada hay más sen-

cillo de comprender. Si son vencidos los conspiradores, serán bandidos; si salen victoriosos, serán héroes, y de este modo me parece muy natural tu indecisión.

—Se trata, dijo Maligno, de arrojar á los Borbones la cabeza del duque de Enghien por manos de Bonaparte, como la Convención arrojó á los reyes la cabeza de Luis XVI, á fin de que Napoleón se comprometiera así antes que nosotros en el curso de la Revolución, ó de derribar al ídolo actual del pueblo francés, su futuro emperador, para sentar al verdadero trono sobre sus despojos. Estoy á merced de un acontecimiento, de un feliz pistoletazo, de una máquina de la calle de Saint-Nicaise que lograra su objeto. Aún no se me ha dicho todo, me han propuesto burlar al consejo de Estado en el momento crítico y dirigir la acción legal de la restauración de los Borbones.

—Espera, respondió el notario.

—¡Imposible! Este es el momento preciso para tomar una resolución.

—¿Y por qué?

—Los dos Simeuse conspiran y están en el país; yo no tengo más remedio que hacer que los sigan, dejarles comprometerse y desembarazarme de ellos, ó protegerlos por bajo cuerda. Había pedido subalternos, y me envían dos linceos elegidos, que han pasado por Troyes para tener de su parte á la gendarmería.

—Gondreville es el *Ten*, y la conspiración el *Tendrás*, dijo Grevín. Ni Fouché, ni Talleyrand, tus dos asociados, están mezclados en eso: obra francamente con ellos. ¡Cómo! todos los que han cortado la cabeza á Luis XVI están en el gobierno, Francia está llena de propietarios de bienes nacionales, ¿y quieres traer á los que han de volver á perderte Gondreville? Si no son tontos, los Borbones tienen que deshacer todo lo que nosotros hemos hecho. Así es que avisa á Bonaparte.

—Un hombre de mi rango no delata nunca, dijo Maligno vivamente.

—¡De tu rango! exclamó Grevín sonriendo.

—Me ofrecen una cartera.

—Comprendo tu deslumbramiento, y á mí es á quien corresponde ver claro en esas tinieblas políticas y olfatear la puerta de salida. Es imposible prever los acontecimientos que puedan traer á los Borbones, cuando un general Bonaparte tiene ochenta navíos y cuatrocientos mil hombres. Lo más difícil en política es saber cuándo un poder que se inclina va á caer; pero, amigo mío, el de Bonaparte está en su período ascendente. ¿No habrá sido el mismo Fouché el que te habrá hecho sonar para conocer el fondo de tu pensamiento y desembarazarse de tí?

—No, estoy seguro del embajador, y, por otra parte, Fouché no me enviaría dos monos semejantes, á quienes conozco demasiado para no concebir sospechas.

—Me causan miedo, dijo Grevín. Si Fouché no desconfía de tí y no quiere ponerte á prueba, ¿por qué te los ha enviado? Fouché no hace una cosa semejante sin tener un motivo para ello.

—Eso me decide, exclamó Maligno, sin contar con que no estaré nunca tranquilo con esos dos Simeuse; acaso Fouché, que conoce mi posición, desee cogerlos y llegar de este modo, por medio de ellos, hasta los Condé.

—Vaya, amigo mío, seguramente que mientras esté Bonaparte nadie se meterá con el propietario de Gondreville.

Al levantar los ojos, Maligno vió asomar por entre las ramas de un frondoso tilo el cañón de un fusil.

—No me había engañado: había oído el ruido seco de un gatillo, dijo á Grevín después de haberse puesto detrás de un grueso tronco de árbol, adonde le siguió el notario al ver el brusco movimiento de su amigo.

—Es Michú, dijo Grevín; veo su barba roja.

—Finjamos que no tenemos miedo, repuso Maligno, que se alejó poco á poco diciendo á intervalos: ¿Qué diablos tendrá que ver este hombre con los propietarios de esta tierra? Seguramente que no era á ti á quien apuntaba. Si nos ha oído, no tardará en saber todo el mundo nuestra conversación. Hubiéramos hecho mejor yéndonos á la llanura. ¿Quién diablos hubiera creído que hay que desconfiar hasta del aire!

—Siempre se aprende algo nuevo, dijo el notario. Pero no habrá oído, porque estábamos muy lejos y hablábamos en voz baja.

—Voy á decirle dos palabras á Corentín, dijo Maligno.

Algunos instantes después, Michú entró en su casa, pálido y con el rostro demudado.

—¿Qué tienes? le dijo su mujer asustada.

—Nada, respondió él al ver á Violette, cuya presencia le hizo el efecto de un rayo.

Michú cogió una silla, se puso tranquilamente delante del fuego y arrojó á él una carta que sacó de unos de esos tubos de hojalata parecido al que dan á los soldados para guardar su licencia. Esta acción, que permitió á Marta respirar como persona á quien se quita un gran peso de encima, llamó mucho la atención de Violette. El administrador colgó su carabina en la campana de la chimenea con una admirable sangre fría.

—Vamos, Francisco, dijo el padre; vamos á acostarnos. ¿Tienes sueño?

Y cogió á su hijo brutalmente por la cintura y se le llevó.

—Baja á la bodega, le dijo al oído cuando estuvo en la escalera, llena dos botellas de vino de Macón, después de haberlo mezclado con una tercera parte del aguardiente de cognac que hay en el aparador de las botellas; desmézcla una botella de vino blanco con media de aguardiente. Haz todo esto con maña y pon las botellas sobre el tonel vacío que está á la entrada de la bodega. Cuando yo abra la ventana, sal tú de la bodega, ensilla mi caballo, monta encima y vete á esperarme al Poteau-des-Gueux. Este pilluelo no quiere nunca acostarse, dijo el administrador entrando de nuevo en la cocina. Quiere hacer como las personas mayores: verlo todo, oírlo todo y saberlo todo. Tío Violette, me está usted echando á perder la familia.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó Violette, ¿quién le ha desatado á usted la lengua? Nunca ha dicho usted tantas palabras seguidas.

—¿Cree usted que me dejo espiar sin apercibirme de ello? Tío Violette, no va usted por buen camino. Si en lugar de

servir á los que me odian, se pusiese usted de mi parte, haría algo más por usted que renovar el arriendo...

—¿Qué? dijo el aldeano con avidez y abriendo desmesuradamente los ojos.

—Le vendería á usted mis bienes muy baratos.

—No hay nada barato cuando es preciso pagar, dijo sentenciosamente Violette.

—Quiero dejar el país, y daría á usted mi quinta de Mousseau, los almacenes contiguos, las sementeras y el ganado, por cincuenta mil francos.

—¿De veras?

—¿Le conviene á usted?

—¡Diantre! hemos de verlo.

—Hablemos de eso... Pero quiero que me dé usted señal.

—No llevo nada conmigo.

—Una palabra.

—¡Todavía!

—Dígame, ¿quién acaba de enviar á usted aquí?

—He vuelto del sitio adonde iba hace un momento y he querido dar á usted las buenas noches.

—¿Volver tú sin tu caballo? ¿Me tomas acaso por un imbécil? Mientes, y no será para ti mi quinta.

—Pues bien, ha sido el señor Grevín. Me ha dicho: «Violette, necesitamos á Michú. Vete á buscarle. Si no está allí, espéralo...» Yo comprendí que era conveniente permanecer aquí esta noche...

—¿Estaban aún en el palacio los truhanes de París?

—¡Ahl no lo sé; pero había mucha gente en el salón.

—Tuya será la quinta, pongámonos de acuerdo. Marta, vete á buscar el vino. Trae del mejor del Rosellón, del vino del ex marqués... Nosotros no somos jovencuelos. Así es que trae dos botellas del tinto y una del blanco que encontrarás sobre el tonel vacío.

—Esto me gusta, dijo Violette, que no se emborrachaba nunca. ¡Bebamos!

—Usted tiene cincuenta mil francos debajo de los ladrillos de su cuarto en toda la extensión que ocupa la cama, y

me los dará usted quince días después de cerrado el trato en casa de Grevín.

Violette miró fijamente á Michú y se puso lívido.

—¡Ah! ¿vienes á espiar á un jacobino acabado que tuvo el honor de presidir el club de Arcís y crees que él no te había de coger de algún modo? Como tengo ojos y he visto los ladrillos removidos, he sacado en consecuencia que no los habías levantado para sembrar trigo. ¡Bebamos!

Violette, turbado, bebió un gran vaso de vino sin fijarse en la calidad: el terror parecía haberle puesto un hierro candente en el estómago, y los efectos del aguardiente quedaron anulados por los de la avaricia; hubiera dado cualquier cosa por estar ya en su casa y cambiar de sitio su tesoro. Las tres mujeres se sonreían.

—¿Le conviene á usted el negocio? dijo Michú á Violette llenándole de nuevo el vaso.

—¡Ya lo creo!

—Así, tendrás casa propia, viejo tonto.

Después de una media hora de animadas discusiones sobre la manera de hacer el trato y sobre los rodeos que acostumbra á hacer todos los aldeanos antes de cerrar un negocio, en medio de los asertos, de los vasos de vino vaciados, de las palabras llenas de promesas, de las denegaciones, de los: —¿de veras?—de veras—por mi palabra—como te lo digo—que me corten el cuello si...—que este vaso de vino se convierta en veneno si no digo la verdad...—Violette cayó de bruces sobre la mesa, no borracho, sino medio muerto; y tan pronto como Michú vió que sus ojos empezaban á enturbiarse, se apresuró á abrir la ventana.

—¿Dónde está ese pillo de Gaucher? le preguntó á su mujer.

—Está acostado.

—Tú, Mariana, dijo el administrador á su fiel criada, ve á ponerte atravesada en su puerta y vigílalo. Usted, madre, quédese abajo y vigíleme á este espía; esté usted al acecho y no abra la puerta si no oye la voz de Francisco. ¡Se trata de una cuestión de vida ó muerte! añadió con voz solemne. Para todas las criaturas del mundo, yo no he salido esta

noche de casa, y es preciso sostenerlo así, aunque le pongan á uno la cabeza en el tajo. Vamos, mujer, le dijo á su esposa; ponte los zapatos y la cofia y démonos prisa. Nada de preguntas, que yo te acompaño.

Hacía tres cuartos de hora que este hombre tenía en su gesto y en su mirada una autoridad despótica, irresistible, sacada del manantial común y desconocido de donde sacan sus poderes extraordinarios los grandes generales en los campos de batalla para entusiasmar á las masas, los grandes oradores que arrebatan á las multitudes, y, digámoslo también, ¡los grandes criminales para llevar á cabo sus audaces golpes de mano! Parece entonces que sus ademanes y su palabra ejercen una influencia invencible, imperando sobre la voluntad ajena. Las tres mujeres sabían que atravesaban una horrible crisis; sin que nadie les hubiese dicho nada, la presentían en la rapidez de los actos de aquel hombre, cuyo rostro imponía, cuya frente hablaba y cuyos ojos brillaban como estrellas; habían visto el sudor bañando su frente y más de una vez su palabra había vibrado de impaciencia y de rabia. Así es que Marta obedeció pasivamente. Armado hasta los dientes y con la escopeta al hombro, Michú se dirigió hacia la avenida seguido de su mujer, y ambos no tardaron en llegar á la encrucijada donde Francisco los esperaba escondido en la espesura.

—El pequeño comprende las cosas, dijo Michú al verlo.

Esta fué su primera palabra. Su mujer y él habían corrido hasta entonces sin pronunciar palabra.

—Vuelve al pabellón, ocúltate en el árbol más espeso y observa el campo y el parque, dijo á su hijo. Estamos todos acostados y no abrimos á nadie. Tu abuela vigila y no se moverá hasta que oiga tu voz. Retén bien mis palabras. Se trata de la vida de tu padre y de la de tu madre. Que la justicia no sepa nunca que hemos estado esta noche fuera de casa.

Después de dichas estas palabras al oído de su hijo, que se deslizó, como la anguila en el agua, á través del bosque, Michú dijo á su mujer:

—¡A caballo, y ruega que Dios esté con nosotros!

Agárrate bien, porque vamos á arrear aunque reviente el caballo.

Apenas fueron dichas estas palabras, cuando el caballo, en cuyo vientre dió Michú dos golpes con el pie, apretándole al mismo tiempo con sus forzudas rodillas, salió con la celeridad de un caballo de carrera; el animal parecía comprender á su amo y en un cuarto de hora atravesó el bosque. Michú, sin haberse desviado del camino más corto, se encontró en un extremo del bosque, desde el cual las cimas del palacio de Cinq-Cygne se veían alumbradas por la luna. Ató su caballo á un árbol y subió pronto y ágilmente al montículo desde donde se dominaba el valle de Cinq-Cygne.

El castillo, que Marta y Michú contemplaron durante un momento, hace un efecto encantador en el paisaje. Aunque no tenga ninguna importancia por su tamaño ni por su arquitectura, no carece de cierto mérito arqueológico. Este antiguo edificio del siglo xv, sito en una eminencia, rodeado de profundos fosos, anchos y llenos aún de agua, está construido con piedra y mortero, pero las paredes tienen siete pies de ancho. Su sencillez recuerda admirablemente la vida ruda y guerrera de los tiempos feudales. Este castillo, verdaderamente sencillo, está constituido por dos grandes torres, separadas por un largo cuerpo de edificio. La escalera está en la parte de afuera, en el medio, y cubierta por una torrecilla pentagonal provista de una puertecita ojival. El piso bajo, completamente modernizado en tiempo de Luis XIV, lo mismo que el primer piso, tiene los techos altísimos y llenos de esculturas. Delante del castillo se encuentra una inmensa pradera que poco tiempo antes era bosque. A ambos lados del puente de entrada hay sendas casuchas donde viven los jardineros, las cuales están separadas por una verja de hierro, sin carácter ninguno é indudablemente moderna. A derecha é izquierda de la pradera, dividida en dos partes por una calzada embalsada, se extienden las cuadras, los establos, los hórreos, la leñera, la panadería, el corral para las aves, las habitaciones de los criados, construído todo esto sin duda con dos alas semejantes al castillo actual. En otro tiempo, este castillo debía de ser cuadrado,

fortificado en los cuatro ángulos y defendido por una enorme torre con pórtico, al cual daba entrada, en lugar de la verja, un puente levadizo. Las dos gruesas torres, que no habían sido arrasadas, y el cimbanillo de la torre del centro, daban carácter á la aldea. La iglesia, vieja también, mostraba á algunos pasos su puntiagudo campanario, que armonizaba con las masas de este castillo. La luna hacía resplandecer todas las cimas y conos, en torno de los cuales formaba la luz agradables matices. Michú contempló esta morada señorial de un modo que extravió los pensamientos de su mujer, pues su rostro, más tranquilo, ostentaba una expresión de esperanza y una especie de orgullo. Sus ojos abrazaron el horizonte con cierta desconfianza; escuchó hacia la parte del campo; debían ser á la sazón las nueve, y la luna acariciaba con sus rayos la margen del bosque, alumbrando de un modo extraordinario el montículo. Esta posición debió parecer peligrosa al guarda general, porque descendió en seguida, sin duda por temor de ser visto. Sin embargo, ningún ruido sospechoso turbaba la paz de este hermoso valle, rodeado por aquella parte por el bosque Nodesme. Marta, agotadas ya sus fuerzas, temblorosa, esperaba un desenlace cualquiera después de semejante carrera. ¿Para qué la necesitaba á ella? ¿para una buena acción ó para un crimen? En este momento, Michú habló al oído á su mujer de esta suerte:

—Vas á ir á casa de la condesa de Cinq-Cygne y pedirás permiso para hablarla; cuando la veas, le ruegas que te escuche á solas. Si no quiere hacerte caso, le dirás: «Señorita, la vida de sus dos primos está en peligro, y el que ha de explicar á usted el por qué y el cómo, le espera.» Si tiene miedo, si desconfía, añade: «Forman parte de la conspiración contra el Primer Cónsul, y la conspiración está descubierta.» No digas tu nombre, pues desconfían demasiado de nosotros.

Marta levantó la cabeza hacia su marido y le dijo:

—¿Cómo! ¿estás á su servicio?

—¿Y qué? dijo Michú frunciendo las cejas y creyendo que la pregunta era un reproche.

—No me comprendes, exclamó Marta cogiendo la mano de Michú, cubriéndola de lágrimas y cayendo de rodillas.

—Corre, después llorarás, dijo Michú abrazándola con fuerza brusca.

Cuando ya no oyó los pasos de su mujer, aquel hombre de hierro lloró. Había desconfiado de Marta á causa de las opiniones de su padre, y le había ocultado los secretos de su vida; pero la belleza del carácter sencillo de su mujer había sido comprendido por él de pronto, como la grandeza del suyo acababa de brillar para ella. Marta pasaba de la profunda humillación que causa la degradación de un hombre cuyo nombre se lleva, al maravilloso encanto que le presta la gloria; pasaba de una á otro sin transición, ¿no había motivo para desfallecer? Presa de las más vivas inquietudes, había creído andar marchando hacia el crimen, como dijo ella misma, desde el pabellón hasta Cinq-Cygne, y en un momento se había sentido llevada al cielo entre los ángeles. Él, que creía no ser amado, que tomaba la actitud triste y melancólica de su mujer por falta de afecto, que la dejaba entregada á sí misma, viviendo él fuera y reconcentrando toda su ternura en su hijo, había comprendido en un momento todo lo que significaban las lágrimas de aquella mujer; ella maldecía el papel que su belleza y la voluntad paterna la habían obligado á representar. La dicha había brillado para ellos con su más hermosa llama, en medio de la tormenta, cual si fuese un rayo. Ambos pensaban en los diez años de desavenencia y cada uno creía ser el culpable. Michú permaneció de pie, inmóvil, con el codo apoyado en la carabina y la mano en la mejilla, sumido en profundos sueños. Un momento semejante hace aceptar como buenos los más dolorosos pesares del pasado.

Agitada por mil pensamientos semejantes á los de su marido, Marta sintió su corazón oprimido al pensar en el peligro de los Simeuse, pues lo comprendió todo, hasta la presencia de los dos parisienses, aunque no podía explicarse lo de la carabina. Corrió como una corza y llegó al camino del castillo. Sorprendida al oír tras sí los pasos de un hombre, lanzó un grito, pero la callosa mano de Michú le cerró la boca.

—Desde lo alto de la eminencia he visto relucir á lo lejos la plata de los sombreros bordados. Entra por una de las brechas del foso, que está entre la torre de la señorita y las cuerdas; los perros no te ladrarán. Pasa al jardín, llama á la joven condesa por la ventana, haz que ensillen su caballo, dí que lo traigan por el foso, que yo estaré allí después de haber estudiado el plan de los parisienses y el medio de escapar.

Este peligro, que iba á arrollarlos como una avalancha y que era preciso evitar, dió alas á Marta.

El nombre común á los Cinq-Cygne (1) y á los Chargebœuf, es Duineff. Cinq-Cygne pasó á ser el nombre de la rama menor de los Chargebœuf después de una defensa hecha, en ausencia de su padre, por cinco doncellas de esta casa, todas extraordinariamente blancas, y de quien nadie hubiese esperado semejante conducta. Uno de los primeros condes de Champaña quiso perpetuar este recuerdo tanto tiempo como viviese esta familia, mediante este bonito nombre. Desde este singular hecho de armas, las descendientes de esta familia se mostraron orgullosas y dignas de él, aunque sin duda no fueron siempre blancas. La última, Lorenza, era, contrariando la ley sálica, heredera del nombre, de las armas y de los feudos. El rey de Francia había aprobado la carta del conde de Champaña, en virtud de la cual, en esta familia, las hembras ennoblecían y heredaban. Lorenza era, pues, condesa de Cinq-Cygne, y su marido debía tomar su nombre y su blasón, donde se leía por divisa la sublime respuesta dada por la mayor de las cinco hermanas á la intimación de que entregasen el castillo: *¡Morir cantando!* Digna de estas hermosas heroínas, Lorenza poseía una blancura extraordinaria. Las menores marcas de sus venas azules se veían bajo la fina trama de su epidermis. Su cabellera, de un hermoso color rubio, armonizaba admirablemente con sus ojos azules oscuros. Todo en ella era bonito. En su cuerpo delicado, á pesar de su delgado tallo y de su blanca tez, moraba un alma templada, como la del

(1) Cinq-Cygne significa cinco cisnes. (Nota del traductor.)

hombre de más carácter; pero nadie, ni el mejor observador, lo hubiera adivinado al ver el aspecto de su angelical fisonomía y de su rostro, cuyas facciones reflejaban un gran candor é inocencia, como las de la oveja. Esta excesiva dulzura, aunque noble, parecía llegar á igualarse muchas veces con la estupidez del cordero.

—Parezco un carnero pensativo, decía ella algunas veces sonriéndose.

Lorenza, que hablaba poco, parecía estar siempre, no ya pensativa, sino aletargada. Pero si llegase á surgir algún acontecimiento serio, la Judith oculta se revelaba en seguida y aparecía sublime. Desgraciadamente, las circunstancias no le faltaron. A los trece años, Lorenza, después de los acontecimientos que hemos relatado, se vió huérfana, en medio de la plaza en que la víspera se levantaba en Troyes una de las casas más curiosas de la arquitectura del siglo xvi, el palacio de Cinq-Cygne. El señor de Hauteserre, uno de sus parientes y que había pasado á ser su tutor, se llevó á la heredera inmediatamente al campo. Este buen hidalgo de provincia, asustado con la muerte del abate Hauteserre, su hermano, muerto de un balazo en la plaza en el momento en que se escapaba disfrazado de aldeano, no estaba en posición para defender los intereses de su pupila: tenía dos hijos en el ejército de los príncipes, y todos los días, al menor rumor, creía que los municipales de Arcis iban á prenderle. Orgullosa de haber sostenido un sitio y de poseer la blancura histórica de sus antepasados, Lorenza despreciaba aquella prudente cobardía del anciano, encorvado por el viento de la tormenta, y no pensaba más que en ilustrarse. Puso audazmente en su pobre salón de Cinq-Cygne el retrato de Carlota Corday, coronado con ramas de encina entrelazadas. Por medio de un propio, estaba en correspondencia con los gemelos, despreciando la ley, que la hubiese condenado á muerte. El mensajero, que arriesgaba también su vida, traía las contestaciones. Desde la catástrofe de Troyes, Lorenza no vivió más que para el triunfo de la causa real. Después de haber juzgado imparcialmente á los señores de Hauteserre y de haber reconocido en ellos una

naturaleza honrada, pero sin energía, los consideró fuera de su esfera; Lorenza tenía demasiado talento y verdadera indulgencia para sentir rencor contra ellos á causa de su carácter. Buena, amable, afectuosa con ellos, no les comunicó nunca ninguno de sus secretos. Nada forma el alma como el disimulo constante en el seno de la familia. Al llegar á su mayor edad, Lorenza dejó que el honrado Hauteserre continuase administrando sus bienes, como había hecho hasta entonces. Que su yegua favorita estuviese bien alimentada, que su criada Catalina estuviese á gusto y su criado Gothard vestido convenientemente, y lo demás la tenía sin cuidado. Tenía ocupada su mente en cosas demasiado grandes, para entregarse á ocupaciones que, en otro tiempo, sin duda le hubiesen agradado. Su tocado, adornos y vestidos tenían poca importancia para ella, ya que sus primos no estaban allí. Lorenza tenía una amazona verde botella para pasearse á caballo, una bota de tela común con sencillos adornos para ir á pie y una bata de seda para andar por casa. Gothard, su pequeño escudero, un diestro y valeroso muchacho de quince años, le servía de escolta, pues ella estaba casi siempre fuera y cazaba en todas las tierras de Gondreville, sin que los cortijeros ni Michú se opusiesen á ello. Montaba admirablemente á caballo y su destreza en la caza era maravillosa. En toda la comarca, la llamaron siempre la señorita, aun durante la Revolución.

El que haya leído la hermosa novela *Rob-Roy*, debe recordar uno de los caracteres más raros de mujer para cuya concepción se valió Walter Scott de sus ordinarios moldes de frialdad; de Diana Vernon. Este recuerdo puede servir para hacer comprender á Lorenza, si añadís á las cualidades de la cazadora escocesa la exaltación contenida de Carlota Corday y si suprimís la amable vivacidad que hace á Diana tan simpática. La joven condesa había visto morir á su madre, matar de un tiro al abate de Hauteserre y perecer en el patíbulo á los marqueses de Simeuse. Su hermano único había muerto de heridas recibidas en el campo de batalla, sus dos primos, que servían en el ejército de Condé, podían morir de un momento á otro, y, finalmente,

la fortuna de los Simeuse y los Cinq-Cygne acababa de ser devorada por la República, sin provecho para la República. Su gravedad, que había degenerado en estupor aparente, debe, pues, concebirse.

El señor de Hauteserre fué, por otra parte, el tutor más probo y más entendido. Bajo su administración, Cinq-Cygne tomó el aspecto de una quinta. El buen hombre, que parecía, más bien que un valiente, un propietario aprovechado, había sacado partido del parque y de los jardines, cuya extensión era de más de doscientas fanegas, donde encontró alimento para los caballos y para los criados, y la leña para el consumo. Gracias á la más severa economía, al llegar á su mayor edad, la condesa había recobrado ya una fortuna considerable, y tenía colocado su importe en papel del Estado. En 1798, la heredera poseía veinte mil francos en rentas del Estado y doce mil francos en Cinq-Cygne, cuyos arriendos habían sido renovados con notables aumentos. Los señores de Hauteserre se habían retirado al campo con tres mil francos de renta vitalicia; estos despojos de su fortuna no les permitía habitar más que en Cinq-Cygne; así es que el primer acto de Lorenza fué darles el usufructo para toda la vida del pabellón que ocupaban. Los Hauteserre, que se habían hecho avaros para su pupila como para ellos mismos, y que todos los años amontonaban sus mil escudos, pensando en sus dos hijos, obligaban á hacer una vida modestísima á la heredera. El gasto total de Cinq-Cygne no pasaba de cinco mil francos anuales. Pero Lorenza, que descendía á ciertos detalles, lo encontraba todo bueno. El tutor y su mujer, dominados insensiblemente por la influencia imperceptible que aquel carácter ejercía en las cosas más insignificantes, habían acabado por admirar á la que habían conocido niña, lo cual no deja de ser raro. Pero Lorenza tenía en sus modales, en su voz gutural y en su imperiosa mirada, ese no sé qué, ese poder inexplicable, que impone siempre, aunque sólo sea aparente, pues para los tontos el vacío se parece á la profundidad. Para el vulgo, la profundidad es incomprensible. De ahí proviene sin duda la admiración del pueblo por todo lo que no comprende. Los seño-

res de Hauteserre, sorprendidos del silencio habitual e impresionados por el carácter reservado de la joven condesa, estaban siempre á la espera de alguna cosa grande. Haciendo el bien con discernimiento y no dejándose engañar, Lorenza era respetada por los aldeanos, á pesar de ser aristócrata. Su sexo, su nombre, sus desgracias, la originalidad de su vida, todo contribuía á darle autoridad sobre los habitantes del valle de Cinq-Cygne. Salía algunas veces por uno ó dos días, acompañada de Gothard, y nunca, al volver, la interrogaban los señores de Hauteserre acerca de los motivos de su ausencia. Pero entiéndase bien que Lorenza no tenía nada de extravagante y que el marimacho se ocultaba bajo la forma más femenina y más débil en apariencia. Su corazón estaba dotado de una excesiva sensibilidad, pero su cabeza obraba con resolución viril y firmeza estoica. Sus perspicaces ojos no sabían llorar. Al ver su puño blanco y delicado, cruzado por azules venas, nadie hubiese creído que podía desafiar al del caballero más nervudo. Su mano, tan noble y tan delicada, manejaba una pistola ó un fusil con el vigor de un diestro cazador. Fuera de casa, se peinaba siempre como las mujeres para montar á caballo y llevaba un sombrero de castor y el velo verde echado sobre la cara. Así es que su delicado rostro y su blanco cuello envuelto en una corbata negra, no sufría nada durante sus correrías al aire libre. Bajo el Directorio y al principio del Consulado, Lorenza había podido obrar así sin que nadie se ocupase de ella; pero cuando el gobierno empezó á regularizarse, las nuevas autoridades, el prefecto del Aube, los amigos de Maligno y Maligno mismo, procuraban hacer que perdiese la consideración de que gozaba. Lorenza no pensaba más que en la caída de Bonaparte, cuya ambición y triunfo habían hecho nacer en ella una rabia fría y meditada. Enemiga obscura y desconocida de aquel hombre cubierto de gloria, no lo perdía de vista ni un momento desde el fondo de su valle y de sus bosques; dábanle á veces intenciones de ir á matarlo á los alrededores de Saint-Cloud y de Malmaison. La ejecución de este proyecto bastaría para explicar ya los ejercicios y las costumbres de su vida; pero, iniciada, desde

la ruptura de la paz de Amiens, en la conspiración de los hombres que intentaron derribar el 18 de brumario al Primer Cónsul, había subordinado desde entonces su fuerza y su odio al plan más vasto y mejor dirigido que debía atacar á Bonaparte, en el exterior con la vasta coalición de Rusia, Austria y Prusia, que el emperador venció en Austerlitz, y en el interior con la coalición de los hombres más opuestos unos á otros, pero unidos por su odio común, y algunos de los cuales meditaban, como Lorenza, la muerte de este hombre, sin retroceder ante el asesinato. Esta joven, tan débil en apariencia y tan fuerte para el que la conocía bien, era, pues, en este momento el guía fiel y seguro de los hidalgos que llegaron de Alemania para tomar parte en este serio ataque. Fouché echó mano de esta cooperación de los emigrados del otro lado del Rhin, para comprometer al duque de Enghien en el complot. La presencia de este príncipe en el territorio de Bade, á poca distancia de Strasburgo, dió después pábulo á estas hipótesis. La gran cuestión de saber si el príncipe tuvo en realidad conocimiento de la empresa y si sabía entrar en Francia después de la victoria, es uno de los secretos sobre los cuales, como sobre otros muchos, guardaron profundo silencio los príncipes de la casa de Borbón. A medida que la historia de este tiempo vaya envejeciendo, los historiadores imparciales juzgarán como una imprudencia el que el príncipe se hubiera aproximado á la frontera en el momento en que tenía que estallar una inmensa conspiración, en cuyo secreto estaba indudablemente toda la familia real. La prudencia que Maligno había desplegado conferenciando con Grevin al aire libre, era empleada por esta joven para las cosas más insignificantes. Recibía á los emisarios y conferenciaba con ellos, ya en los diversos extremos del bosque de Nodemes, ó ya al otro lado del valle de Cinq-Cygne, entre Sezanne y Brienne. Andaba á veces quince leguas de una sola tirada con Gothard, y volvía á Cinq-Cygne sin que nadie pudiese ver en su fresca cara la menor huella de fatiga ni de preocupación. Desde un principio, había visto en los ojos de este pequeño vaquero, que tenía entonces nueve años, la sencilla admiración

que sienten los niños por todo lo extraordinario, y lo constituyó en palafrenero suyo, enseñándole á cuidar los caballos con la atención y escrupulosidad con que acostumbran á hacerlo los ingleses. Lorenza reconoció en él el deseo de obrar bien, inteligencia y ausencia de todo cálculo; estudió su naturaleza y encontró en ella una abnegación no desprovista de talento ni de nobleza; aquel joven no concebía la recompensa, y su ama cultivó aquella alma aún tan joven, la hizo buena para él, buena con grandeza, se la atrajo mostrándole cariño, y pulió su naturaleza medio salvaje, sin quitarle por eso su frescura y su sencillez. Cuando Lorenza tuvo pruebas suficientes de la fidelidad casi canina que ella había alimentado, convirtió á Gothard en su ingenioso é ingenuo cómplice. El aldeanito, de quien nadie podía sospechar, iba á veces de Cinq-Cygne hasta Nancy, y volvía, sin que nadie supiese que había abandonado el país. Practicaba todas las astucias empleadas por los espías. La excesiva confianza que le había hecho concebir su dueña no alteraba para nada su naturalidad. Gothard, que poseía á la vez la astucia de las mujeres, el candor del niño y la atención constante del conspirador, ocultaba estas admirables cualidades bajo la capa de la profunda ignorancia y torpeza de los campesinos. Este hombrecito parecía necio, débil y torpe; pero una vez en campaña, era ágil como una ardilla, se evadía como una anguila, comprendía, como los perros, con una mirada, y olfateaba el pensamiento. Su carota redonda y encarnada, sus ojos negros y parados, sus cabellos cortados como los de los aldeanos, su traje, su atrasado crecimiento, le daban la apariencia de un niño de diez años. Bajo la protección de su prima, que, desde Strasburgo hasta Bar-sur-Aube, vigiló por ellos, los señores de Hauteserre y de Simeuse, acompañados de otros varios emigrados, llegaron por Alsacia, Lorena y Champaña, mientras que otros conspiradores, no menos valerosos, entraban en Francia por la parte de Normandía. Vestidos de obreros, los de Hauteserre y los Simeuse habían marchado de bosque en bosque, guiados de trecho en trecho por personas escogidas hacia ya tres meses en cada departamento por Lorenza entre las

gentes más adictas á los Borbones y menos sospechosas. Los emigrados dormían á la intemperie y andaban durante la noche. Cada uno de ellos llevaba dos soldados adictos, de los que el uno iba delante descubriendo el terreno y el otro permanecía detrás para proteger la retirada en caso de sorpresa. Gracias á estas precauciones militares, este precioso destacamento había llegado felizmente al bosque de Nodeme, señalado como punto de cita. Otros veintisiete hidalgos entraron también por Suiza y atravesaron Borgaña, siendo guiados hacia París con precauciones análogas. El señor de Riviere contaba con quinientos hombres, de los cuales cien eran nobles y formaban la oficialidad de este batallón sagrado. Los señores de Polignac y de Riviere, cuya conducta como jefes fué excesivamente notable, guardaron un impenetrable silencio respecto á los cómplices que no fueron descubiertos. Así es que puede decirse hoy, de acuerdo con las revelaciones hechas durante la Restauración, que Bonaparte no conoció toda la extensión de los peligros que corrió entonces, y que Inglaterra no conocía el peligro en que la ponía el campo de Bolonia, á pesar de que en ningún tiempo hubo policía más diestra ni más hábilmente dirigida. En el momento en que empieza esta historia, un cobarde, como los que se encuentran siempre en las conspiraciones que no están limitadas á un corto número de hombres de igual rango y poder, un conspirador, amenazado de muerte, hacía indicaciones, felizmente insuficientes en cuanto á su extensión, pero bastante precisas por lo que afectaba al objeto de la empresa. Así es que, como había dicho Maligno á Grevin, la policía vigilaba á los conspiradores dejándolos en libertad, á fin de descubrir todas las ramificaciones del complot. No obstante, el gobierno tuvo que obrar obligado por Jorge Cadoudal, hombre de acción, que no tomaba consejos de nadie y que se había escondido en París con veinticinco chuanes para atacar al Primer Cónsul. Lorenza estaba animada por los sentimientos contrarios de odio y de amor. Derribar á Bonaparte y traer á los Borbones ¿no equivalía á recuperar Gondreville y hacer la fortuna de sus primos? Estos dos sentimientos bastan, á los veintitrés años sobre

todo, para desplegar todas las facultades del alma y todas las fuerzas de la vida. Hacía ya dos meses que Lorenza parecía más hermosa á los habitantes de Cinq-Cygne de lo que les había parecido nunca. Sus mejillas se habían vuelto encarnadas y la esperanza daba á veces arrogancia á sus movimientos. Pero cuando se leía delante de ella la *Gaceta* de la noche y cuando oía comentar los actos conservadores del Primer Cónsul, bajaba los ojos para que nadie pudiese leer en ellos la amenazadora certeza de la caída próxima de este enemigo de los Borbones. Nadie en el castillo sospechaba que la joven condesa hubiese vuelto á ver á sus primos la noche anterior. Los dos hijos de los señores de Hauteserre habían pasado la noche en el mismo cuarto de la condesa, bajo el mismo techo de sus padres, pues Lorenza, para no inspirar sospechas, después de haberse acostado los dos Hauteserre, entre una y dos de la mañana, fué á unirse con sus primos en el lugar de la cita y los llevó al centro del bosque, ocultándolos allí en una cabaña abandonada. Segura de volver á verlos, no dió muestras de alegría, y nada denotó en ella las emociones de su larga espera; finalmente, permaneció impassible y supo borrar las huellas del placer que le ocasionaba el volver á verlos. La bonita Catalina, la hija de su nodriza y Gothard estaban en el secreto y amoldaron su conducta á la de su ama. Catalina tenía diez y nueve años. A esta edad, como á la de Gothard, una joven es fanática y se deja cortar el cuello sin decir una palabra. Respecto á Gothard, con sentir el perfume que la condesa ponía en sus cabellos y en sus ropas, hubiese tenido bastante para sufrir el tormento más extraordinario sin hacer declaración alguna.

En el momento en que Marta, advertida de la inminencia del peligro, se dirigió como una sombra hacia la brecha indicada por Michú, el salón del palacio de Cinq-Cygne ofrecía el espectáculo más apacible. Sus habitantes estaban tan lejos de sospechar la tormenta próxima á desencadenarse sobre sus cabezas, que su actitud hubiese movido á compasión á cualquiera que hubiese conocido su situación. En la elevada chimenea, adornada con un trumó, cuya parte superior del marco figuraba unas pastoras que bailaban con costitas en

la mano, brillaba uno de esos fuegos como se hacen únicamente en los castillos próximos á los bosques. En el rincón de esta chimenea, en una gran poltrona cuadrada, de madera dorada, tapizada con magnífica seda verde, la joven condesa permanecía en esa actitud que suelen tomar las personas agobiadas por la fatiga. Vuelta á las seis de la tarde de los confines de la Brie, después de haber explorado el campo delante de la tropa á fin de hacer llegar sin contratiempo á los cuatro hidalgos á la madriguera, donde debían hacer la última parada antes de ir á París, había encontrado á los señores de Hauteserre acabando de comer. Impulsada por el hambre, se había puesto á la mesa sin quitarse su amazona llena de barro, ni sus zapatos. En lugar de desvestirse después de comer, se había sentido de tal modo agobiada por el cansancio, que había recostado su hermosa cabeza provista de mil rubios bucles en el respaldo de la inmensa poltrona, apoyando los pies en un taburete que tenía delante. El fuego secaba el barro de su amazona y el de sus zapatos. Sus guantes de piel de gamo, su sombrero de castor, su velo verde y su látigo, estaban sobre la consola en que ella los había dejado. Miraba tan pronto el viejo reloj, que se encontraba sobre la chimenea entre dos candelabros con flores, para ver, por la hora, si los conspiradores estarían ya acostados, como la mesa del boston colocada delante de la chimenea y ocupada por el señor de Hauteserre y por su mujer, por el cura de Cinq-Cygne y por su hermano.

Aunque estos personajes no figurasen en este drama, sus descripciones tendrían el mérito de representar una de las fases que tomó la aristocracia después de su derrota de 1793. Bajo este punto de vista, la pintura del salón de Cinq-Cygne tiene el sabor de la historia vista por dentro.

El hidalgo, que contaba á la sazón cincuenta y dos años, alto, seco, sanguíneo y de una salud robusta, hubiese parecido hombre vigoroso sin sus dos ojazos de azul claro, cuya mirada anunciaba una extremada sencillez. Terminada en barba de vieja, existía en su cara, entre su barba y su boca, una distancia desmesurada con arreglo á las leyes del dibujo, la cual distancia le daba un aspecto de sumisión que estaba

en perfecta armonía con su carácter, el cual era denotado así mismo por los menores detalles de su fisonomía. Su cabellera gris, aplastada por su sombrero, que llevaba puesto casi todo el día, formaba un casquete sobre su cabeza, dibujando el piriforme contorno de ésta. Su frente, que la vida del campo y sus continuas inquietudes habían surcado de arrugas, era achatada y sin expresión. Su nariz aguileña realzaba un poco su rostro, y el único indicio de fuerza que se veía en él, se encontraba en sus tupidas cejas, que conservaban su color negro, y en la viva coloración de su tez; pero este indicio no mentía: el hidalgo, aunque sencillo y afable, tenía fe monárquica y católica, y ninguna consideración le hubiese hecho cambiar de partido. Este hombre se hubiera dejado coger, no hubiese disparado contra los municipales y hubiese ido sin resistencia al patíbulo. Sus tres mil libras de renta vitalicia, su único recurso, le habían impedido emigrar. Obedecía, pues, al gobierno de hecho, sin dejar por eso de amar á la familia real y de desear su restablecimiento; pero se hubiese negado á comprometerse tomando parte en alguna iniciativa á favor de los Borbones. Pertenecía á esa porción de realistas que se acordaban eternamente de que habían sido golpeados y robados, y que, desde entonces, han sido mudos, económicos, rencorosos, débiles é incapaces de ninguna abjuración ni de ningún sacrificio; dispuestos á saludar á la monarquía triunfante, amigos de la religión y de los sacerdotes, pero resueltos á soportar todas las vejaciones de la desgracia. Esto no es tener una opinión, sino ser testarudo. La acción es la esencia de los partidos. Sin alma, pero leal, avaro como un aldeano, y noble no obstante, de modales, atrevido en sus votos, pero discreto en palabras y en acciones, sacando partido de todo y dispuesto á dejarse nombrar alcalde de Cinq-Cygne, el señor de Hauteserre representaba admirablemente á aquellos honrados hidalgos en cuya frente escribió Dios la palabra *polillas*, que dejaron pasar por encima de sus hidalguías y de sus cabezas las tormentas de la Revolución, que se levantaron de nuevo bajo la Restauración, ricos con sus economías ocultas, orgullosos de su adhesión discreta, y que entraron en campaña des-

pués de 1830. Su traje, expresiva envoltura de este carácter, pintaba al hombre y al tiempo. El señor de Hauteserre llevaba una de esas hopalandas, color avellana, con cuello estrecho, que el duque de Orleans había puesto de moda á su vuelta de Inglaterra, y que fueron, durante la Revolución, una especie de transacción entre los terribles trajes populares y las elegantes levitas de la aristocracia. Su chaleco de terciopelo á rayas y floreado, que recordaba los de Robespierre y los de Saint-Just, dejaba ver una chorrera de pequeños pliegues que yacía sobre la camisa. Conservaba el calzón, pero el suyo era de grueso paño azul con hebillas de acero negro. Unas medias de filadiz negras cubrían sus piernas de ciervo, calzadas con gruesos zapatos sostenidos por polainas de paño negro también. Conservaba el cuello de muselina con muchos pliegues, sujeto con un alfiler de oro en la parte de adelante. El buen hombre no creyó nunca hacer eclecticismo político adoptando este traje aldeano al par que revolucionario y aristócrata, y no había hecho más que obedecer inocentemente á las circunstancias.

La señora de Hauteserre, de cuarenta años de edad, y gastada por las emociones, tenía un rostro pasado que parecía poner siempre en actitud de ser retratado; y su cofia de encaje, adornada con capullitos de satén blanco, contribuía especialmente á darle este aire solemne. Se ponía aún polvos, á pesar de su pañoleta blanca, de su bata de seda color de pulga, de mangas lisas y de falda anchísima, triste y último traje de la reina María Antonieta. Tenía la nariz afilada, la barba puntiaguda, la cara casi triangular y unos ojos grises que parecían siempre que acababan de llorar, pero que estaban reavivados un tanto por el poco de colorete que ella usaba. Tomaba tabaco, y, cada vez que lo hacía, tomaba aquellas bonitas precauciones de que tanto abusaron en otro tiempo las cortesanas; todos los detalles de cada toma constituían una ceremonia que se explica con estas palabras: tenía las manos bonitas.

Hacia ya dos años que el antiguo preceptor de los dos Simeuse y amigo del abate de Hauteserre, llamado Goujet, cura de las Mínimas, había tomado como retiro el curato de

Cinq-Cygne por amistad á los Hauteserre y á la joven condesa. Su hermana, la señorita Goujet, que poseía setecientos francos de renta, unía á éstos el escaso sueldo del cura y dirigía la casa de éste. Ni la iglesia ni el presbiterio habían sido vendidos á causa de su escaso valor. El abate Goujet vivía, pues, á dos pasos del castillo, pues el muro del jardín del cura y el del parque eran medianeros en algunos lugares. Dos veces por semana, el abate Goujet y su hermana comían en Cinq-Cygne, adonde iban todas las noches á jugar la partida de boston con los Hauteserre. Lorenza no conocía ningún juego de cartas. El abate Goujet, anciano de cabellos blancos y de rostro blanco como el de una vieja, dotado de una sonrisa amable y de voz dulce é insinuante, hacía ver la insipidez de su carita de muñeca, con una frente que denotaba mucha inteligencia y unos ojos que denotaban mucha astucia. De mediana estatura y bien formado, conservaba el hábito negro á la francesa, llevaba hebillas de plata en el calzón y en los zapatos, medias de seda negra, un chaleco negro sobre el que caía su alzacuello, todo lo cual le daba un gran aire sin quitarle nada de su dignidad. Este cura, que llegó á ser obispo de Troyes cuando la Restauración, acostumbrado por su antigua vida á juzgar á los jóvenes, había adivinado el gran carácter de Lorenza; la apreciaba en todo su valor, y, desde un principio, demostró á aquella joven una respetuosa deferencia que contribuyó mucho á hacerla independiente en Cinq-Cygne y á que la dejasen en libertad la austera anciana y el buen hidalgo, á quienes, según costumbre, era indudable que debía obedecer. Hacía seis meses que el abate Goujet observaba á Lorenza de ese modo particular como lo hacen los sacerdotes, que son la gente más perspicaz del mundo; y, sin saber que aquella joven de veintitrés años pensase en derribar á Bonaparte en el momento en que sus débiles manos desenredaban uno de los galones deshilados de su amazona, la suponía, sin embargo, agitada por un gran designio.

La señorita Goujet era una de esas muchachas cuyo retrato se hace en dos palabras, que permiten imaginársela á los menos avisados: pertenecía al género de las grandes

hacneas. Sabía que era fea y era la primera en reirse de su fealdad, mostrando sus grandes dientes amarillos como su tez y sus huesudas manos. Era buena y estaba siempre alegre. Llevaba el famoso casaquín de antaño, una falda muy ancha y con faltriqueras llenas siempre de llaves, y una cofia con cintas. Había llegado á los cuarenta años demasiado pronto, pero, según decía ella misma, se había parado en ellos hacía ya veinte. Veneraba á la nobleza y sabía conservar su propia dignidad al mismo tiempo que rendía á los nobles todo el respeto y homenajes que se merecían.

Esta compañía había venido muy á tiempo á Cinq-Cygne para la señora de Hauteserre, que no tenía, como su marido, ocupaciones rurales, ni, como Lorenza, el tónico de un odio que la ayudase á soportar el peso de una vida solitaria. De este modo todo había mejorado hasta cierto punto desde hacía seis años. El culto católico restablecido permitía cumplir con los deberes religiosos, que tienen más resonancia en la vida del campo que en ninguna otra parte. Los señores de Hauteserre, tranquilizados con los actos conservadores del Primer Cónsul, habían podido cartearse con sus hijos, tener noticias suyas, no temblar ya por ellos y rogarles que solicitasen ser borrados de la lista para poder volver así á Francia. El Tesoro había liquidado los atrasos de rentas y pagaba regularmente los semestres. Los Hauteserre poseían entonces, á más de sus rentas vitalicias, ocho mil francos de renta. El anciano aplaudía la prudencia de sus previsiones al emplear todas sus economías, unos veinte mil francos, al mismo tiempo que su pupila, ó sea antes del 13 de brumario, el cual hizo subir los fondos, como se sabe, de doce á diez y ocho francos.

Durante mucho tiempo, Cinq-Cygne había permanecido vacío, desnudo y devastado. Por cálculo, el prudente tutor no había querido cambiar su aspecto durante las conmociones revolucionarias; pero, cuando la paz de Amiens, hizo un viaje á Troyes para traer de allí algunos restos de los palacios saqueados, restos que habían sido comprados de nuevo en la tienda de unos prenderos. Gracias á esos cuidados, el salón fué entonces amueblado. Hermosas cortinas de seda